

INFIDELIDAD
Y
OTRAS HISTORIAS

PREMIO BELLAS ARTES DE CUENTO

«SAN LUIS POTOSÍ» 2016

INFIDELIDAD Y OTRAS HISTORIAS

por

Mauricio Carrera

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



 INBA

*F*ICTICIA

MÉXICO
2017

LC: PQ7276
DEWEY: M863.4

Infidelidad: y otras historias / Carrera Guerrero, José Luis Mauricio. – 1a ed.
– Ciudad de México : Ficticia ; INBAL, 2017
136 p. ; 21 cm.
Premio Bellas Artes de Cuento San Luis Potosí 2016
978-607-521-086-5

I. Literatura mexicana -- Cuentos. -- I. Instituto
Nacional de Bellas Artes (México), coeditor. II. Título.

Este libro se escribió gracias a un apoyo del Sistema Nacional de Creadores/FONCA

PREMIO BELLAS ARTES DE CUENTO “SAN LUIS POTOSÍ”, 2016 otorgado por la Secretaría de Cultura y el Instituto Nacional de Bellas Artes. El jurado estuvo integrado por Gonzalo Lizardo, Bárbara Jacobs y Javier García-Galiano.

INFIDELIDAD Y OTRAS HISTORIAS

D.R. © Mauricio Carrera

D.R. © Ficticia S. de R. L. de C. V.

D.R. © Luis Lucacci por la foto del autor.

D.R. © The stage of Victoria Theatre, Singapore. www.commons.wikimedia.org, por la foto de portada.

Primera edición: octubre 2017

FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la colección: Rodrigo Toledo Crow

Diseño del libro: Armando Hatzacorsian

Cuidado de la edición: Mónica Villa

Magnolia 11, Colonia San Ángel Inn, c. p. 01060, Ciudad de México.

www.ficticia.com libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI

SECRETARÍA DE CULTURA

María Cristina García Cepeda

Secretaria

Jorge Gutiérrez Vázquez

Subsecretario de Diversidad Cultural y Fomento a la Lectura

Marina Núñez Bespalova

Directora General de Publicaciones

INSTITUTO NACIONAL DE BELLAS ARTES

Lidia Camacho Camacho

Directora general

Roberto Vázquez Díaz

Subdirector general de Bellas Artes

Fernando González Domínguez

Director de Difusión y Relaciones Públicas

Reforma y Campo Marte s/n, Colonia Chapultepec Polanco

Del. Miguel Hidalgo c.p. 11560, Ciudad de México.

www.bellasartes.gob.mx

Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-607-521-086-5, FICTICIA EDITORIAL

ISBN: 978-607-605-496-3, INBA

Impreso y hecho en México /Made in Mexico

CONTENIDO

EL BESO	15
AURORA BOREAL	29
COMALA-IGUALA	55
BAILONGO	63
MÉXICO, QUÉ LINDO Y QUÉ HERIDO	111
INFIDELIDAD	119

A Diego, universitario

A Hugo Valdés

A Adriana, por compartir su ángel, la ternura y la risa

A Doris, reina del dominó, bailadora y vampira

A Magdalena, bella cantante

A Iraima, por los mezcales, los largos paseos y los zapatos rojos

A Ana Luz, bajo el volcán

A Consuelo, desconsuelo, maestra

A Danila, doctora

A Rocío, porque es la misteriosa mujer

A Patricia, esclava y ama del universo

A Nohemí, señora cultura

A Liliana, filósofa

A Josefina, por el atrevimiento

*Jamás hasta ahora, debido al desamor,
a las separaciones,
he sabido tanto de los misterios del corazón humano.*
José Revueltas

Coger es vivir, como saben bien los escritores.
Rubem Fonseca

La única desgracia es no saber despedirse.
Luis Jorge Boone

Un hombre infeliz con gran sentido del humor.
Raymond Carver

La gran pregunta es cómo tenemos que vivir nuestras vidas.
Grace Paley

NOTA DEL AUTOR

De los relatos ganadores del Premio Bellas Artes de Cuento “San Luis Potosí” 2016, falta uno, que se ha convertido en novela. He aumentado dos, que continúan mi indagación narrativa y personal en lo que llamo “literatura referencial”. Uno es inédito. El otro apareció en *El consumado arte de soñar*, un hermoso libro sobre la inquietante y profunda obra pictórica de la maestra Rocío Caballero. Fue publicado por Black Coffee Gallery, un generoso proyecto editorial que promueve lo más destacado del arte mexicano. El cuento gira alrededor de dos pinturas: “Yuppito presidente” y “Por siempre galán”, de Rocío Caballero. No es secreto: en estas obras y en mi cuento se encuentra la presencia siempre asombrosa e iconoclasta de Julio Galán. En otros cuentos de *Infidelidad* ocurre lo mismo. Juan Rulfo, Carlos Fuentes, José Revueltas, Ernest Hemingway, Alí Chumacero, Chava Flores, Raúl *Ratón* Macías, Salvador Novo, Luis Spota, son personajes de estas páginas. La literatura referencial se nutre de la realidad para reinventarla. Juega con la siempre esquiva verdad y con la inquieta verosimilitud literaria para crear otros ámbitos de la realidad y la ficción. Es un homenaje. Es salir de la mera trivía. Es servirnos de las referencias culturales que nos han marcado para hacer literatura. La literatura referencial está anclada a acontecimien-

tos reales, pero siempre al servicio del asombro de la creación y la imaginación. “Bailongo” debe mucho a Chaf y Queli y sus albures, copiados casi de manera textual. Lo demás es invención. “Aurora Boreal” debe mucho a los diarios de José Revueltas. Lo demás es invención. “El beso” tiene su origen en una añeja charla con un miembro de la Brigada Lincoln. Lo demás es invención. Continúo aquí lo empezado en *Las hermanas Marx* y en *La derrota de los días*. La literatura referencial, a final de cuentas, es una forma de la escritura y de la admiración.

EL BESO

A Flor Cecilia Reyes y Jorge Luis González

A Porfirio Romo y la Zarina

A Ivonne Gutiérrez y Albert Paré

A Tony Geist

Se lo escuché a Ernest Hemingway:

—Uno es como en el mejor momento de la vida, no como uno acaba.

Hem —lo llamaban— bebía cerveza y posaba para las fotos. Robert Capa disparaba su cámara. Los dos eran elegantes. Vestían buenos pantalones de algodón y un caro abrigo Burberry de color militar. Les gustaba la parranda. Parecían estar de fiesta, no en una guerra en España. La última buena guerra de la historia.

Lo había conocido dos meses antes. Fue en el hospital de Mataró, en Cataluña. También ahí estaba Capa. Lo fotografió herido de la cabeza. Su vendaje era como un halo. Había chocado tras una noche de música y champán. Se estrelló contra una cisterna. Capa, que algo tenía de comediante y *bon vivant*, fue a visitarlo, le ayudó a levantarse de la cama y a caminar. Hemingway abrió su bata de atrás. Mostró las nalgas y las paseó al aire. Eran feas y blanquísimas. Capa les tomó fotos.

—Mañana mismo las envío a *Life* —dijo.

Ambos se carcajearon.

María Sanz hizo un gesto de desaprobación. Era la enfermera. Guapa, muy señora desde joven, con el enorme trasero y los gordos chamorros de las españolas. Ella y Carlota

O'Neill nos despertaban el deseo y los sueños de hombre. No había en todo el hospital mujeres más atractivas. Las demás eran adustas y viejas, con olor a soltería añeja o matrimonios rancios y sin remedio.

María Sanz era la favorita de Hemingway. Carlota O'Neill no tanto, porque, aunque era mexicana, sus rasgos eran irlandeses y él andaba en busca de anhelos más mediterráneos. Era seductor, sí que lo era. Buen conversador, lleno de trucos para ganarse unos tragos, llevar a la cama a cuanta mujer quisiera o conseguir una nota de primera plana. A María Sanz trataba de conquistarla. Al hacerlo, le sacaba información. Todo en él giraba alrededor del periodismo y la literatura. No se acercaba a nadie como amigo, camarada o amante; se acercaba como escritor.

María Sanz terminó siendo la "María" de *Por quien doblan las campanas*. Fue su única manera de hacerla suya, pues ella estaba enamorada de un polaco.

—Mi buen soldado Schweik —ponía los ojos en blanco, inflamada de amor.

Schweik era alto como una jirafa, aunque encorvado como un buitre. Su estatura lo hacía un blanco fácil, así que terminó por adoptar la posición de quien se agacha en las trincheras para evitar las balas. Era enfermero de servicio en una ambulancia. Él me recogió cuando fui herido en el Ebro. Lo mismo hizo con Moshe Ginsberg, de la Brigada Lincoln. Yo con una bala en el hombro, él con esquiras de bomba en la espalda.

Poco menos de dos semanas de recuperación llevábamos en el hospital de Mataró. Carlota O'Neill nos atendía con vehemencia. Su mirada era triste. Aún le lloraba a su marido, fusilado por los franquistas en Melilla. No era enfermera de profesión sino de circunstancia. No le permitían usar el fusil, para vengar aquella muerte, así que su contribución

a la guerra era cuidar heridos. Cuando los médicos daban de alta a alguno, le decía:

—Sal a matar a esos hijos de puta...

De entre los heridos, Moshe Ginsberg era de sus favoritos. Era norteamericano, judío, de profesión carpintero, de Brooklyn. En su mal español, nos entretenía con sus historias.

—Llegué desnudo a España.

Contó. El Ciudad de Barcelona, el vapor en que viajaba, fue torpedeado por un submarino italiano. Cincuenta hombres murieron. Algunos por la explosión, otros ahogados.

—Un avión de la República nos hizo señas desde el aire. Nos advertía del peligro. ¡Submarino! ¡Si le hubiéramos hecho caso! Demasiado tarde. La explosión: un sonido hueco, metálico, el barco se cimbró, parecía un terremoto o una mala fiebre. Gritos de dolor y de angustia. Olor a chamusquina, a sangre, a carne quemada.

Fue un 30 de mayo de 1937. Hacía un viento tibio del oeste. El mar estaba calmo. El Ciudad de Barcelona, partido en dos, comenzó a hundirse. Ginsberg maldijo su suerte, se quitó la ropa y se aventó al agua.

Los sobrevivientes nadaron por varias horas hasta que fueron rescatados por pescadores de un pueblo cercano. “Melgrá”, recordaba su nombre. Ginsberg bajó a la playa. Tenía veintiún años y estaba por completo desnudo. Algunas mujeres se persignaron al verlo. Otras lo cubrieron con una cobija. Le frotaron el cuerpo para secarlo.

—Eran madre e hija, las dos muy bonitas. Y de tanto frotarme y de tanto admirarlas, la naturaleza tomó su curso. Se me empezó a parar. Las dos huyeron. Corrieron como si hubieran visto al mismísimo demonio, asustadas por mi airosa astabandera.

Ginsberg fue enviado a Albacete, al sur de Madrid, con las brigadas internacionales. El 22 de agosto fue su primer com-

bate, en Aragón. Peleó también en Quinto, Belchite y Zaragoza, junto a los vascos, que estaban siendo muy golpeados.

Hemingway tomaba notas de lo que escuchaba.

Lo mismo hizo conmigo. Cuando supo que yo era mexicano, me preguntó por un tal Siqueiros, “parece que pintor”. Era mi superior en la 46 Brigada del 8 Ejército Republicano Español. Se lo describí tal cual, con sus botas federicas, su uniforme de húsar austriaco, medallas de otras guerras colgadas de su camisola y una negra capa española del Siglo de Oro. Su misión en la vida era llamar la atención. Tenía el cabello rebelde y unos poderosos ojos azules. Le gustaban las andaluzas y se daba tiempo para el amor y el combate. Comunista y muy estalinista, para mayores señas.

—Una vez lo vi matar un trotskista. Lo acusó de repartir propaganda que incitaba a la derrota entre nuestras tropas. Un ajuste de cuentas ideológico, si me lo preguntan. Stalin contra Trotsky, esa vieja historia...

—Me gustan los comunistas como soldados, no como sacerdotes —dijo Hemingway.

Acepté con un movimiento resignado de cabeza. La guerra se perdía por Franco y por Hitler, pero también por nuestras pugnas internas. Anarquistas contra comunistas, socialistas contra comunistas, obreros contra intelectuales, libertarios contra nacionalistas. ¿No los comunistas habían matado por la espalda a Durruti? La guerra me había abierto los ojos. Los comisarios rusos daban armas y suministros a discreción. Nada a los anarquistas o a los socialistas. Nada a quien se alejara de la línea del Partido. Sucedió con la Columna Durruti, que dejaron sola en Zaragoza, expuesta a la Falange. Todo es y era una mierda. Nos matábamos entre nosotros. Todo mundo lo sabía, pero nos cuidábamos de decirlo en voz alta.

Una vez salvé a un hombre. George Orwell, se llamaba. Hablaba más de lo que disparaba. No era un cobarde, no. Era otro tipo de valiente. Algunos lo llamaban comunista de salón. Tenía sus estudios y se decía poeta. Pertenecía al POUUM, lo que para muchos era traicionar a la causa. Fue de los primeros en decir que los soviéticos nos enfrentaban unos con otros. Querían fusilarlo por eso. No lo permití. Tras mucho discutir su suerte, se los arrebaté a sus verdugos.

—Mejor usar una bala contra el enemigo que desperdiciarla con uno de los nuestros —argumenté. Lo agarré de los cabellos y lo llevé a combate.

George Orwell agradeció el gesto.

—Lo importante no es mantenerse vivo sino mantenerse humano —dijo.

A lo lejos se escuchaba el caer de las bombas. A cada disparo, el hospital se cimbraba con un leve temblor. Eran los bombarderos Junkel alemanes o la artillería franquista.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Hemingway.

—Juan Cerillo —contesté.

—¿Y por qué estás en esta maldita guerra?

—Para olvidar a una mujer —dije.

Yo era pobre y a las mujeres les gustan los ricos. Es un cosquilleo por la espalda el que las recorre cuando ven un hombre que puede mantenerlas de por vida. El amor es una fantasía, el amor vale madres. El romanticismo también. La lloré como un tonto. Me cansé de declamarle a las estrellas. Me fui de putas, me enlisté tras una semana de pasarme de copas, me expuse a las balas para olvidarla. Así me hirieron en el Ebro.

—Amores van, amores vienen, pero la tierra siempre permanece. Y el sol. Y la tragedia de ser hombre —dijo Hemingway—. Pero el hombre es más que sus problemas conyugales...

Entonces, se apareció ella: Martha Gellhorn.

—Mi mujer —la presentó—. La mujer más cojonuda que ustedes verán en toda su vida.

Era hermosa y rubia, vestida de partisana, con indumentaria de hombre pero singularmente femenina, una melena que merecía el susurro y la caricia, era larga de piernas y de cintura breve; con paso firme de león en la pradera. Olía rico, a lo que uno imagina París del brazo de la amada. Era un caballero y una dama a la vez. Llevaba una .45 enfundada en el cinto. Nos sonrió.

—Hubiera podido quedarme en casa leyendo novelas de misterio, pero preferí venir a España a defender gente decente.

Le aplaudieron. Hubo chiflidos coquetos en su honor. Ninguno podía apartar la vista de ella. Eso molestaba a Hemingway, acostumbrado a ser el centro de atención. Una vez que Martha Gellhorn se fue, suspiró fatigado.

—Lo mejor que puede hacer una mujer, es irse de tu vida. ¡Y ella, que no termina nunca de irse! —sonrió.

Moshe Ginsberg ya la había visto. Sucedió en el invierno del 37, un día que Hemingway visitó a la Brigada Lincoln. Fue en el frente de Belche.

—Era un día frío y brumoso. Nosotros estábamos hambrientos, fatigados, olorosos a sudores de trinchera, de combate, de miedo. De repente, lo vimos llegar. Él venía manejando un jeep que parecía recién salido de la fábrica. Estaba acompañado de una mujer asombrosa, una rubia en verdad formidable. Era Martha Gellhorn. Una belleza. Mirada inteligente y coqueta. Un cuerpazo. El viento traía su perfume, una delicia que nos hacía imaginar placeres que nos hacían falta.

—La haré mía —dijo Robert Jordan, un dinamitero de Montana, parecido a Gary Cooper—. Y si no puedo, no hay problema, me iré de putas como siempre.

«INFIDELIDAD Y OTRAS HISTORIAS»

DE MAURICIO CARRERA

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 2 DE OCTUBRE DE 2017 EN LOS
TALLERES DE MÓNICA GUICELA FARFÁN REYES EN IMPRESORA
Y ENCUADERNADORA “EL TINTERO”. BORIS GODUNOV NÚM. 529,

COL. LA NOPALERA, DELEG. TLÁHUAC,

CIUDAD DE MÉXICO, CP. 13220.

SE TIRARON 1000 EJEMPLARES.